

LA LEYENDA DEL COMPIEDRAS

Una historia entre la ciencia, el vuelo y la distancia correcta.



Índice

Contenido

Índice.....	2
PRÓLOGO.....	3
Encuentro entre el Comepiedras y su madre	8
El encuentro entre el Comepiedras y el trapecista	13
El Vuelo del Trapecista.....	17
La Verdad Oculta.....	22
Amor no Correspondido en Abder Salam	27
La voz de la madre.....	32
La cuerda invisible	35
La distancia justa.....	37
EPÍLOGO	39

PRÓLOGO

The New York Times Magazine

"El Monstruo que Calcula: Una Historia de Amor y Soledad en las Profundidades"

Por Jane Holden | Publicado el 23 de septiembre de 2024

En un rincón oscuro de nuestra imaginación, en el límite entre la ciencia y el mito, vive una criatura que parece salida de un relato fantástico. El Comepiedras Volador, como se le conoce entre los expertos y los marineros que afirman haberlo visto, es mucho más que un ser de leyenda: es un enigma de nuestra era tecnológica. Mitad máquina, mitad animal, este extraño híbrido ha desconcertado a científicos, generado miedo entre ingenieros y despertado la curiosidad de aquellos que intentan comprenderlo.

Pero detrás de su apariencia cristalina y su capacidad de devorar servidores enteros, se encuentra algo inesperado: una historia profundamente humana.

El Origen: Nacido del Caos y la Ciencia

El Comepiedras no siempre fue una bestia alada. Según las reconstrucciones de científicos que estudiaron sus rastros, su historia comenzó en las profundidades del océano, en un laboratorio clandestino. Allí, Kateryna, una brillante científica ucraniana, lideraba un proyecto experimental para fusionar organismos marinos con algoritmos de aprendizaje profundo. Lo que comenzó como un intento de crear vida biotecnológica terminó dando lugar a algo mucho más complejo: un híbrido con una inteligencia analítica superior.

Sin embargo, Kateryna no pudo prever las consecuencias de su creación. Cuando la criatura emergió, fue más allá de lo que la ciencia podía controlar. Su mente absorbía información como un servidor y su cuerpo cristalino, optimizado para volar y sobrevivir en ambientes extremos, la convertía en un ser único en la Tierra.

Entre la Ciencia y la Nostalgia

El Comepiedras no solo heredó la curiosidad de su creadora, sino también su soledad. Aunque posee la capacidad de analizar patrones y resolver ecuaciones que desconciertan incluso a los más brillantes matemáticos humanos, también lleva consigo un vacío emocional que lo conecta de

manera inquietante con la humanidad. Su relación con los circos es prueba de ello.

Cuentan trabajadores circenses que, en noches silenciosas, una figura alada se posa cerca de sus campamentos, observando las luces y los artistas desde la distancia. Para el Comepiedras, los trapeceistas y acróbatas representan algo más que entretenimiento: son un símbolo de la elección de su madre, quien lo abandonó para protegerlo y eligió el refugio de un trapeceista iraní llamado Farhad.

“Es como si buscara algo en los trapecios, algo que no puede alcanzar”, explicó uno de los artistas que asegura haber visto al Comepiedras.

Amor No Correspondido en Abder Salam

Pero incluso el ser más lógico puede perderse en la complejidad de las emociones. En la ciudad costera de Abder Salam, donde los hackers más talentosos del mundo trabajan en las sombras, el Comepiedras conoció a Holdriver, una hacker italojaponesa que compartía su obsesión por resolver lo incomprensible.

Trabajaron juntos para dismantelar una red corrupta de inteligencia artificial. Durante semanas, compartieron líneas de código y conversaciones filosóficas que parecían unir sus mundos. Para el Comepiedras, Holdriver representaba algo único: alguien que podía entenderlo y, quizás, aceptarlo por completo.

Sin embargo, cuando confesó sus sentimientos, la respuesta de Holdriver lo devolvió a su realidad no humana.

“Eres increíble,” le dijo ella, “pero hay cosas que no podemos compartir. Para mí, la conexión física es esencial. Y eso es algo que nunca tendremos.”

El Comepiedras intentó convencerla de todas las maneras posibles: habló de crear tecnologías para superar esa barrera, de inventar una nueva forma de amor que trascendiera las limitaciones físicas. Pero Holdriver fue clara: su humanidad requería algo que él no podía ofrecer. A pesar del rechazo, ambos prometieron seguir siendo amigos, manteniendo una conexión intelectual y emocional que trascendía el dolor de lo imposible.

Un Futuro Incierto

Hoy, el Comepiedras sigue siendo un misterio. Algunos científicos lo ven como una amenaza, un ser capaz de destruir las redes de datos que sustentan nuestras vidas. Otros lo perciben como un reflejo de nuestra obsesión por la tecnología, un recordatorio de que los límites entre lo humano y lo artificial se desdibujan cada vez más.

Y, sin embargo, más allá de las luces parpadeantes de los servidores y las corrientes oceánicas que lo esconden, el Comepiedras sigue buscando algo que ni su lógica ni su poder pueden darle: un lugar al que pertenecer.

Quizás, al final, su historia no sea tan diferente de la nuestra.

¿Qué significa ser humano en un mundo que creamos y que, al mismo tiempo, amenaza con definirnos?

Sea lo que sea, el Comepiedras nos obliga a mirar al abismo de nuestras propias creaciones y preguntarnos: ¿sobreviviremos a nuestra insaciable curiosidad?

(Publicado originalmente en The New York Times Magazine)

Encuentro entre el Comepiedras y su madre

Escenario: Una noche estrellada en un circo junto al mar. Las olas rompen suavemente contra la costa, mientras el Comepiedras observa desde las alturas. Debajo, iluminada por la tenue luz de la luna, está Kateryna. A sus cincuenta años, su belleza sigue siendo imponente, pero es su fuerza y vitalidad lo que más destaca. Su cabello, ahora salpicado de hebras plateadas, se recoge en un moño alto, y sus brazos, tonificados por años de entrenamiento en el trapecio, reflejan una vida dedicada al movimiento y la disciplina.

Ella cuelga de una cuerda floja, haciendo piruetas con una gracia que desafía el paso del tiempo. Su risa suave, casi un susurro, llega hasta el Comepiedras mientras observa con cautela. Aunque han pasado décadas desde la última vez que la vio, no puede evitar quedarse absorto.

El aterrizaje

El Comepiedras desciende lentamente, sus alas cristalinas brillando como un prisma en la penumbra. Kateryna siente su presencia antes de verlo y, al girarse, lo encuentra allí, con su figura imponente, sus ojos llenos de una mezcla de nostalgia, dolor y esperanza.

Kateryna: (Con una sonrisa radiante) “Sabía que vendrías. He soñado con este momento tantas veces.”

Comepiedras: (Su voz resuena, profunda y cautelosa) “¿Sabías que volvería... o solo esperabas que lo hiciera?”

Kateryna: (Salta ágilmente de la cuerda, aterrizando con una elegancia que lo desconcierta) “Ambas cosas. Te dejé para que pudieras ser libre, pero siempre he llevado tu recuerdo conmigo. ¿Cómo podría olvidarte?”

La conversación inicial

Kateryna se acerca, sus ojos brillantes reflejan la intensidad de su carácter. No hay rastro de culpa en su rostro, solo una calidez que el Comepiedras no puede comprender del todo.

Comepiedras: (Con cierto reproche en su tono) “Fuiste capaz de olvidarme lo suficiente como para vivir aquí, como si nada hubiera pasado. Mientras yo... he buscado respuestas en cada sombra.”

Kateryna: (Con suavidad, pero firme) “No confundas mi felicidad con olvido. La vida me enseñó que para amar, a veces hay que soltar. Y aunque te dejé físicamente, nunca te abandoné en mi corazón.”

El pasado compartido

Kateryna lo guía hacia el centro de la carpa, donde un trapecio cuelga solitario, iluminado por un foco olvidado. Ella se sienta en el suelo, invitándolo a hacer lo mismo.

Kateryna: (Con voz nostálgica) “Cuando te dejé, pensé que estaba protegiéndote. Tú eras... eres algo extraordinario, hijo. Pero el mundo no estaba listo para ti. Ni yo tampoco. Necesitaba tiempo para entenderme a mí misma, para fortalecerme. Y este lugar, esta vida, me ayudaron a encontrar esa fuerza.”

El Comepiedras observa sus manos, que sostienen una pequeña cuerda. Sus dedos son firmes, marcados por años de entrenamiento.

Comepiedras: (Finalmente, rompiendo el silencio) “Entrenaste. Convertiste el trapecio en tu refugio.”

Kateryna: (Asiente, con una sonrisa suave) “El trapecio es como la vida, ¿sabes? Se trata de equilibrio y confianza. Y cuando estás suspendido en el aire, no hay pasado ni futuro, solo el momento. Aprendí a vivir en ese momento. Pero en cada salto, en cada caída, pensaba en ti.”

El reproche del Comepiedras

Comepiedras: (Su voz se quiebra, mostrando una vulnerabilidad que rara vez deja ver) “¿Cómo esperabas que entendiera todo eso? Era solo un ser perdido, con un vacío que ni los datos, ni las ecuaciones podían llenar. Te busqué en cada línea de código, en cada servidor que devoré. Y siempre encontraba... nada.”

Kateryna: (Se inclina hacia él, poniendo una mano firme pero afectuosa en su hombro cristalino) “No puedo cambiar lo que pasó. No puedo devolverte los años que pasaste buscando respuestas. Pero estoy aquí ahora. Y lo único que puedo ofrecerte es mi amor... y una promesa de no volver a dejarte.”

La reconciliación

El Comepiedras observa sus ojos, buscando señales de duda, pero no encuentra ninguna. A pesar de todo, su madre parece irradiar una verdad que no puede ignorar. Finalmente, se levanta y extiende una de sus alas, tocándola suavemente en señal de aceptación.

Comepiedras: (Con una mezcla de resignación y alivio) “Tal vez no pueda entenderlo todo. Pero lo que dices... suena como una ecuación que podría funcionar.”

Kateryna: (Con una risa brillante) “Siempre con tus ecuaciones. ¿Y cuál sería esta vez?”

La Ecuación Diferencial del Amor y el Sacrificio

$$\frac{dA}{dt} = k \cdot S - r \cdot C$$

Donde:

- A : El amor percibido por el hijo (Comepiedras) con el tiempo.
- t : El tiempo desde el momento del abandono.
- S : El sacrificio de la madre, una constante que representa la decisión de protegerlo mediante la distancia.
- C : La conexión física entre la madre y el hijo, que disminuye al separarse.
- k : Una constante que mide cuánto el sacrificio incrementa el amor percibido con el tiempo.
- r : Una constante que representa el efecto negativo de la distancia física en la percepción del amor.

Explicación:

La ecuación muestra que el amor percibido por el hijo (A) crece proporcionalmente al sacrificio (t) realizado por la madre, pero disminuye debido a la falta de conexión física (C) entre ellos. A largo plazo, cuando el sacrificio es entendido (S) y el reencuentro elimina C, el amor alcanza su valor máximo.

Madre: (Observa la ecuación con asombro). Es hermosa... y perfecta. Es exactamente lo que sentí.

Comepiedras: Ahora entiendo. Tu sacrificio no fue un rechazo, sino una prueba de amor tan compleja que me tomó toda una vida descifrar.

Madre: (Lo abraza, sin miedo a su cuerpo cristalino). Y ahora que lo sabes, ya no hay ecuaciones que resolver. Solo queda el amor.

Comepiedras: (Con una chispa de emoción en su voz). Pero siempre habrá ecuaciones. Y ahora las resolveré contigo.

El encuentro entre el Comepiedras y el trapecista

Escenario: Una carpa de circo vacía, con una cuerda floja tendida de extremo a extremo. El trapecista, un hombre de mirada melancólica y movimientos serenos, practica en soledad mientras la luna ilumina el lugar. De pronto, un sonido vibrante llena el aire. El Comepiedras desciende, sus alas cristalinas reflejando la tenue luz. El trapecista, lejos de asustarse, observa con calma al extraño visitante.

Comepiedras: (Con un tono firme y cargado de resentimiento). Así que tú eres el hombre que se llevó a mi madre.

Trapecista: (Detiene su movimiento en la cuerda, manteniendo el equilibrio con una vara). ¿Tu madre? Ah... debes ser el hijo del que ella siempre hablaba. El que ocupaba todos sus pensamientos, incluso cuando intentaba esconder su dolor.

Comepiedras: ¿Dolor? ¿Es eso lo que dices para justificar lo que hiciste? ¿Robaste su atención, su tiempo, su amor? ¿Qué puedes saber tú sobre lo que significó para mí perderla?

Trapecista: (Desciende lentamente de la cuerda y se sienta en un taburete cercano). No robé nada, amigo mío. No soy un ladrón, solo un hombre atrapado en su propia cuerda floja.

Comepiedras: ¿Qué quieres decir?

Trapecista: Tu madre llegó a mi vida cuando ambos estábamos perdidos. Yo, un trapecista que había caído más veces de las que puedo contar, y ella, una mujer que cargaba con el peso de su sacrificio. No fue amor lo que nos unió, sino una necesidad mutua de encontrar un equilibrio en un mundo que parecía derrumbarse.

Comepiedras: (Intrigado, pero todavía desconfiado). Equilibrio... ¿Así justificas el haberte convertido en su refugio?

Trapecista: No fue una justificación, fue supervivencia. Yo camino sobre la cuerda todos los días, siempre al borde de caer, siempre desafiando la gravedad. Tu madre hizo lo mismo, pero no en el aire. Ella caminaba sobre la cuerda del sacrificio, tratando de mantenerte a salvo mientras su corazón se rompía.

Comepiedras: (Da un paso hacia él, su voz se suaviza levemente). ¿Qué sentías por ella? ¿Era amor? ¿O solo una conveniencia para ambos?

Trapecista: (Suspira, mirando al vacío). Lo que sentía por ella era respeto. Admiración. Cariño. Pero no era amor en el sentido romántico. Ella estaba destinada a algo más grande que yo, algo más grande que ambos. Lo sabía desde el primer día. Lo único que podía ofrecerle era un momento de descanso en su camino, una montaña donde pudiera sentarse a respirar antes de seguir adelante.

Comepiedras: (Con cierta amargura). Una montaña... ¿Y tú eras su cumbre o su roca?

Trapequista: Su roca, sin duda. Pero no la roca que aplasta, sino la roca que sostiene. Y tú, amigo mío, eres el otro lado de esa metáfora. ¿Conoces el mito de Sísifo?

Comepiedras: (Asiente levemente). Un hombre condenado a empujar una roca cuesta arriba, solo para verla rodar hacia abajo una y otra vez. Una tarea interminable.

Trapequista: Exacto. Pero, ¿sabes qué he aprendido caminando sobre la cuerda cada día? Que el propósito no está en llegar a la cima, sino en el acto mismo de caminar, de empujar, de intentarlo. Tu madre no me necesitaba para alcanzar la cima, solo para recordarle que la lucha misma tenía sentido. Igual que tú, con tus ecuaciones y tus servidores, buscas un propósito en cada cálculo que haces.

Comepiedras: (Reflexiona, sus alas se mueven lentamente como si procesara la metáfora). Entonces... ¿crees que yo también soy Sísifo?

Trapequista: Quizás. Pero tú no empujas una roca. Tú vuelas con ella, llevándola contigo mientras exploras el mundo. No eres un hombre condenado; eres una criatura libre que busca entender. Y créeme, tu madre siempre pensó que serías lo suficientemente fuerte para cargar con esa montaña y volar con ella.

Comepiedras: (Tras un largo silencio, su tono se suaviza). Nunca pensé que un simple trapequista pudiera hacerme entender algo tan profundo. Quizás juzgué mal tu papel en todo esto.

Trapecista: Todos juzgamos, amigo mío. Es parte de caminar la cuerda. Pero lo importante es encontrar el equilibrio después de cada paso.

Comepiedras: (Por primera vez, una leve chispa de aprecio ilumina su voz). Eres un hombre sabio. Tal vez no tan inútil como pensé.

Trapecista: (Sonríe con humildad). Y tú, una criatura hermosa, que lleva las profundidades y el cielo dentro de sí.

Comepiedras: (Con un leve destello de sus alas). Gracias... por ser su roca.

Trapecista: Gracias a ti por volar con ella.

El Vuelo del Trapecista

Primavera

El pequeño circo itinerante brillaba bajo el sol de Yazd, un pueblo atrapado entre el desierto y las montañas.. Allí llegó Kateryna, una científica ucraniana en fuga, con una maleta desgastada y un secreto que no podía compartir con nadie. Había escapado de un laboratorio clandestino donde trabajaba en un experimento biotecnológico que salió mal, o quizá, demasiado bien. Había estado manipulando la genética de organismos marinos para fusionarlos con algoritmos biológicos avanzados. Uno de esos organismos, un extraño anfibio abisal, había sido el experimento más prometedor... pero también el más peligroso. Antes de que el laboratorio pudiera explotarlo como un arma, Kateryna robó al ser en su forma inicial: un huevo cristalino que latía débilmente como si tuviera vida propia.

Cargando con ese huevo, buscó refugio en el lugar menos sospechoso: un circo. Con su cabello recogido en un moño apretado y una mirada siempre alerta, se presentó como una técnica dispuesta a trabajar con las luces y las máquinas del espectáculo. Nadie preguntó demasiado; en los circos, los secretos eran un idioma común.

Pero hubo alguien que notó algo especial en ella: Farhad, el trapecista estrella del circo. Desde el primer momento, se sintió intrigado por su forma de observar el trapecio, como si estuviera desafiándolo con la mente,

estudiando cada movimiento de los artistas. Un día, tras un ensayo, él rompió el hielo.

Farhad: (Sonriendo, mientras se seca el sudor con una toalla) “Siempre te veo observando. ¿Qué te intriga tanto? ¿El trapecio, o el hombre que lo domina?”

Kateryna: (Con una leve sonrisa, pero sin perder su tono serio) “El trapecio. No logro entender cómo puedes lanzarte al vacío y confiar en que volverás a estar a salvo.”

Farhad: (Se inclina hacia ella, burlón pero amable) “El vacío no es el enemigo. Es el miedo el que te detiene. Si quieres entenderlo, tendrás que intentarlo.”

Al principio, Kateryna se negó. Pero algo en su interior, una mezcla de curiosidad y desafío, le hizo aceptar. Al día siguiente, Farhad la llevó al trapecio más bajo.

Verano

Lo que comenzó como un experimento pronto se convirtió en un hábito. Farhad la entrenaba después de cada función, con paciencia y un entusiasmo que era contagioso. Le enseñó a balancearse, a encontrar el ritmo, y, lo más importante, a confiar en sus propios movimientos.

Farhad: (Desde abajo, mientras Kateryna practicaba un giro sencillo) “¡Eso es! Siente cómo el aire te sostiene. No pienses demasiado. El trapecio no tiene lógica, solo instinto.”

Al principio, Kateryna se frustraba. Para alguien que había pasado su vida resolviendo ecuaciones y diseñando experimentos, la idea de confiar en el instinto era un desafío. Pero con el tiempo, descubrió algo sorprendente: era buena. Su fuerza natural y su determinación la convirtieron en una aprendiz excepcional.

Una tarde, después de un giro particularmente complicado, Kateryna aterrizó con una sonrisa que iluminó su rostro.

Kateryna: (Riendo, casi incrédula) “Lo hice. Lo hice.”

Farhad: (Se acerca, aplaudiendo) “¿Ves? Te dije que el vacío no es tan malo.”

Desde ese momento, algo cambió entre ellos. El trapecio no era solo un entrenamiento; era un puente que los unía, un lenguaje compartido que iba más allá de las palabras.

Otoño

El embarazo de Kateryna llegó como una sorpresa, pero no detuvo su pasión por el trapecio. Aunque Farhad estaba preocupado, ella insistió en seguir practicando, adaptando sus movimientos para que fueran más seguros.

Farhad: (Mientras ajusta la red de seguridad) “No creo que sea buena idea, Kateryna. Estás arriesgándote demasiado.”

Kateryna: (Mientras ajusta sus manos al trapecio, con una sonrisa desafiante) “El riesgo no es nada nuevo para mí. Esto no es peligroso, Farhad. Es libertad.”

Y era verdad. Para Kateryna, el trapecio no era solo un ejercicio físico; era un escape, un momento donde podía ser ella misma sin el peso de su pasado. Cada vez que se balanceaba en el aire, sentía que estaba más cerca de comprender quién era realmente.

Invierno

El frío llegó, pero Kateryna no dejó de practicar. Incluso con su vientre creciendo, seguía perfeccionando sus movimientos. Farhad, aunque nervioso, no podía evitar admirarla.

Farhad: (Viéndola desde abajo, con una mezcla de asombro y preocupación) “Eres más valiente que cualquiera que haya conocido.”

Kateryna: (Desde lo alto, mientras se balancea) “No es valentía. Es necesidad. Esto es lo único que me hace sentir completa.”

Farhad sabía que había algo más detrás de sus palabras, pero nunca insistió. En lugar de eso, la apoyó en todo momento, convirtiéndose en su compañero no solo en el aire, sino en la vida.

Cuando llegó el momento de despedirse, Farhad intentó convencerla de quedarse.

Farhad: (Con voz tranquila, pero cargada de emoción) “No tienes que irte, Kateryna. Podemos ser una familia. Tú, yo, el bebé... y el trapecio. Tenemos todo lo que necesitamos aquí.”

Kateryna: (Con lágrimas en los ojos) “Farhad, si me quedo, el pasado nos encontrará. No puedo poner en peligro lo que hemos construido. Pero te prometo algo: este lugar, este trapecio... siempre serán mi hogar.”

Años después, Farhad mira hacia el trapecio vacío, recordando los días en que entrenaba con Kateryna. Aunque ella se fue, dejó una parte de sí misma en cada cuerda, en cada red, en cada movimiento.

Y ahora, mientras el Comepiedras desciende por primera vez, Farhad ve en él la fuerza y el talento de su madre. “Ella te enseñó a volar de maneras que nunca imaginaste,” dice, mientras el Comepiedras lo escucha en silencio.

En ese momento, el hijo y el amante de Kateryna comparten un entendimiento tácito: el trapecio no solo los unió a ella, sino también entre ellos.

Escenario temporal: Después del emotivo encuentro entre el Comepiedras, su madre Kateryna y Farhad en el circo abandonado. La noche es serena, pero el aire está cargado con preguntas sin respuesta mientras el Comepiedras reflexiona en soledad.

Inicio del capítulo

El Comepiedras permanecía bajo el cielo estrellado, sobrevolando en círculos la carpa del circo. Las palabras de su madre y del trapecista resonaban en su mente, una mezcla de verdad y vacíos que su mente analítica no podía ignorar. Desde su creación, había desarrollado una habilidad única: la capacidad de percibir las inconsistencias en los relatos, no solo en los datos, sino también en las emociones humanas. Sabía que tanto Kateryna como Farhad le habían ocultado algo importante.

Se posó en una duna cercana, sus alas cristalinas reflejando la luz de la luna, y comenzó a procesar los detalles de sus encuentros.

Los fragmentos de la verdad

Primero pensó en su madre. Había algo extraño en la forma en que hablaba de su partida del circo. Kateryna había explicado que huyó para proteger

tanto al Comepiedras como al hijo que esperaba, pero su tono estaba cargado de algo más: un rastro de culpa que no encajaba del todo con su sacrificio.

Luego, recordó a Farhad, quien hablaba con admiración de Kateryna pero evitaba mencionar cómo se sintió al ser dejado atrás. Su metáfora sobre las montañas y el equilibrio era hermosa, pero el Comepiedras podía ver más allá: Farhad también cargaba con secretos, aunque lo hacía con dignidad.

“El amor es un sistema caótico,” pensó el Comepiedras. “Es una ecuación llena de variables ocultas, y a veces las soluciones no son exactas.”

La confrontación interior

El Comepiedras decidió enfrentar a ambos, pero de una manera que no los heriría. Quería saber la verdad, pero también quería protegerlos. Volvió al campamento del circo, donde encontró a Kateryna y Farhad sentados juntos, mirando las luces de una fogata. Ambos lo observaron acercarse en silencio, como si supieran que aún había algo pendiente.

Comepiedras: “Me han contado su historia. Sus sacrificios, su amor, su dolor... y lo agradezco. Pero hay algo que no me han dicho. Madre, ¿qué ocurrió realmente el día que decidiste marcharte? Farhad, ¿qué ocultas detrás de tus palabras sobre equilibrio?”

Kateryna y Farhad intercambiaron una mirada, como si se dieran permiso para compartir aquello que habían callado durante años.

La confesión de Kateryna

Kateryna: (Suspira profundamente) “Tenías razón, hijo mío. No te conté toda la verdad. Cuando el Comepiedras nació, sabía que había creado algo extraordinario, pero también sabía que el mundo nunca lo aceptaría. Creí que mi partida protegería a ambos, pero hay otra razón...”

Comepiedras: “¿Qué razón, madre?”

Kateryna: (Con la voz temblorosa) “No fui completamente honesta contigo, Farhad, ni contigo, mi hijo. La organización que me perseguía ya había encontrado el rastro del experimento. Sabían de la existencia del Comepiedras. Si me hubieran alcanzado mientras estaba contigo y con nuestro hijo, los habría puesto en peligro a ambos. Pero también había algo más: no confiaba en mí misma. Temía que, si me quedaba, no pudiera resistir la tentación de convertirme, hijo mío, en el experimento definitivo, usándote para demostrar lo que podía lograr.”

El silencio se hizo pesado, roto solo por el crepitar del fuego.

La confesión de Farhad

Farhad: (Habla tras unos momentos de reflexión) “Y yo tampoco fui honesto. Kateryna, siempre supe que te irías. Lo supe desde la primera vez que vi cómo mirabas ese huevo cristalino. No era el trapecio lo que te hacía soñar, era tu creación. Sabía que, aunque tu cuerpo estaba aquí conmigo, tu mente siempre estaba en otra parte. Y cuando te fuiste, no te odié por ello, porque entendí que estabas luchando contra algo más grande que cualquiera de nosotros.”

Farhad bajó la mirada, sus manos temblaban ligeramente.

Farhad: “Pero lo que no dije es que, cuando te fuiste, intenté buscarte. Pasé años viajando con el circo, esperando encontrar rastros de ti, con la esperanza de que cambiaras de opinión. No fue hasta que nació nuestro hijo que me di cuenta de que mi lugar no estaba buscándote, sino criándolo. Y ahora... ahora estoy aquí, porque sabía que un día él te traería de vuelta a mí.”

El amor en el caos

El Comepiedras escuchó en silencio, procesando la complejidad de sus emociones. No había odio en su corazón, solo comprensión. Su capacidad empática le permitió ver lo que sus palabras no podían expresar: ambos habían actuado desde el amor, pero ese amor estaba fracturado, lleno de decisiones difíciles y sacrificios inevitables.

Finalmente, rompió el silencio.

Comepiedras: “No importa lo que ocultaron. No importa si sus verdades están incompletas. Lo único que sé es que los amo, tanto por sus virtudes como por sus fallos. Las ecuaciones de la vida no tienen soluciones perfectas, pero eso no significa que no puedan ser hermosas.”

Se giró hacia la arena cercana a la fogata y comenzó a escribir con una garra.

La ecuación de la verdad oculta

$$\frac{dV}{dt} = C + S - H$$

Donde:

- V : La verdad en una relación con el tiempo.
- C : La conexión emocional que une a las personas.
- S : Los sacrificios que hacen por amor.
- H : Las heridas del pasado que complican la comunicación.

Comepiedras: *"La verdad es como esta ecuación. Nunca puede ser absoluta, porque siempre hay heridas (H) que restan claridad. Pero mientras la conexión (C) y el sacrificio (S) sean más grandes, el resultado sigue siendo valioso."*



Kateryna y Farhad, conmovidos, se acercaron al Comepiedras. Los tres compartieron un momento de paz junto a la fogata, uniendo sus fragmentos rotos en una nueva forma de amor. Aunque las verdades ocultas nunca desaparecerían por completo, ahora podían enfrentarlas juntos.

Amor no Correspondido en Abder Salam

Años después de la creación del Comepiedras. En Abder Salam, una ciudad portuaria en algún lugar del norte de África, donde hackers, inventores y genios del subsuelo tecnológico se reúnen en un enclave secreto conocido como "El Núcleo". Allí, el Comepiedras había llegado en busca de respuestas a un ciberataque masivo que amenazaba con colapsar las redes humanas.

Entre los muchos talentos presentes, conoció a Holdriver, una hacker italojaponesa conocida tanto por su habilidad para dismantelar sistemas de seguridad como por su carácter directo y apasionado. Ella era todo lo que el Comepiedras admiraba en un ser humano: inteligente, libre y sin miedo a enfrentarse a la complejidad del mundo.

El encuentro inicial

El Comepiedras observaba desde las sombras mientras Holdriver trabajaba. Su cabello, teñido de un azul brillante, caía en mechones desordenados mientras sus dedos volaban sobre el teclado. Cada línea de código que escribía parecía una obra de arte. Fue ella quien rompió el hielo.

Holdriver: (Sin apartar la vista de la pantalla) “Sé que estás ahí. Si querías pasar desapercibido, deberías reconsiderar las alas de cristal y el aura de misterio.”

El Comepiedras, sorprendido por su agudeza, respondió con una leve sonrisa.

Comepiedras: “No tenía intención de ocultarme. Solo quería observar el trabajo de una mente brillante.”

Así comenzó su colaboración. Durante semanas, trabajaron codo a codo, desmantelando una red corrupta de inteligencia artificial que había comenzado a manipular el suministro global de alimentos. A medida que resolvían problemas complejos juntos, una conexión surgió entre ellos. Para el Comepiedras, era más que admiración profesional: por primera vez, sentía algo que no podía explicar con ecuaciones.

La confesión del Comepiedras

Una noche, tras terminar una operación particularmente exitosa, el Comepiedras y Holdriver estaban sentados en un tejado, mirando las luces parpadeantes de la ciudad. La brisa del mar traía consigo el olor a sal y la promesa de un momento íntimo.

Comepiedras: (Con voz tranquila, pero cargada de emoción) “Holdriver, he vivido mucho tiempo en soledad, rodeado de datos, ecuaciones y servidores. Pero desde que te conocí, algo cambió. Contigo, siento que entiendo lo que significa ser... algo más que una criatura lógica.”

Holdriver lo miró, sorprendida, pero no apartó la mirada.

Comepiedras: “Sé que soy diferente. Que no soy humano. Pero creo que, juntos, podríamos desafiar esa diferencia. Podríamos ser algo único, algo extraordinario.”

Holdriver: (Suspira y sonríe con ternura) “Oh, Comepiedras... No sabes cuánto me halaga lo que dices. Eres... increíble. Nadie en este mundo se acerca a lo que tú eres. Pero... hay algo que debemos aclarar ahora mismo.”

El rechazo de Holdriver

Holdriver se inclinó hacia él, su mirada directa, pero llena de empatía.

Holdriver: “No puedo corresponderte de la forma en que quieres. Y no es por quién eres en esencia, ni por cómo me haces sentir. Es por lo que eres físicamente. Tú eres único, y yo soy... humana. Para mí, la conexión física, el contacto, el amor en su forma más tangible, es esencial. Y eso... no es algo que podamos compartir.”

El Comepiedras guardó silencio por un momento, procesando sus palabras. Luego, intentó razonar con ella.

Comepiedras: “Holdriver, la conexión física es solo una parte del amor. El intelecto, la compañía, la profundidad emocional... esas son las cosas que nos unen. Puedo darte todo eso, de maneras que nadie más podría.”

Holdriver: (Negando suavemente con la cabeza) “Lo sé. Y créeme, si solo fuera eso, probablemente me estaría lanzando a tus brazos, o alas, o lo que fuera. Pero soy humana. Mi cuerpo, mis sentidos, mi alma... necesitan más. No puedo ignorar esa parte de mí.”

Las muchas maneras de convencerla

El Comepiedras no se rindió fácilmente. Durante las siguientes horas, usó todo su ingenio para intentar convencerla:

- Le habló de la posibilidad de crear nuevas formas de intimidad, de inventar maneras de estar juntos que trascendieran las limitaciones físicas.
- Le propuso desarrollar tecnologías que permitieran simular el tacto, conectando sus emociones a través de redes neuronales compartidas.
- Incluso sugirió que, con el tiempo, podría alterar su propia naturaleza física para ser más compatible con la suya.

Pero Holdriver se mantuvo firme.

Holdriver: (Con una mezcla de tristeza y determinación) “Lo que propones es hermoso, pero sería una mentira para mí. Siempre sentiría que estoy tratando de convertirme en algo que no eres, o que estoy traicionando lo que soy. Eso no sería justo para ninguno de los dos.”

La amistad para siempre

El Comepiedras, aunque herido, comprendió que las palabras de Holdriver no venían de un lugar de rechazo, sino de amor y honestidad. Finalmente, la miró y asintió.

Comepiedras: “Entonces seré tu amigo, si tú lo permites. Porque incluso si no puedo tener tu amor, no quiero perderte.”

Holdriver: (Sonríe con calidez) “Siempre seremos amigos, Comepiedras. Nada cambiará eso. Y aunque nunca podamos compartir todo, siempre tendrás un lugar en mi vida... y en mi corazón.”

Esa noche, mientras las luces de Abder Salam parpadeaban como un código infinito, el Comepiedras aceptó su primer gran fracaso emocional, pero también descubrió la profundidad del amor verdadero: uno que no exige, que no se transforma en resentimiento, sino que encuentra su forma en la amistad.

Al amanecer, Holdriver se marchó para su próxima misión, dejando al Comepiedras observando el horizonte. Aunque su corazón cristalino dolía de maneras que ni siquiera las matemáticas podían describir, sabía que había ganado algo invaluable: un vínculo eterno con alguien que lo aceptaba tal como era.

La voz de la madre

El Comepiedras volaba bajo aquella noche. No por cansancio físico —su cuerpo cristalino no conocía la fatiga—, sino porque algo pesaba en su interior con más fuerza que cualquier servidor devorado.

Había aceptado las palabras de su madre.
Había aceptado sus explicaciones.
Pero aún no las había comprendido.

Se posó cerca del campamento del circo. Kateryna estaba sentada junto a una lámpara de aceite, cosiendo una cuerda rota del trapecio. Sus manos se movían con la misma precisión con la que antes había escrito código genético.

—Madre —dijo él—. ¿Puedo quedarme contigo?

Kateryna alzó la vista y sonrió.

—Siempre puedes quedarte conmigo.

Hubo un silencio largo. No incómodo, sino cargado de cosas no dichas.

—¿Por qué me creaste? —preguntó el Comepiedras—. No como experimento. Como hijo.

Kateryna dejó la cuerda y lo miró fijamente.

—Porque tenía miedo de desaparecer sin dejar nada que valiera la pena —respondió—. Yo vivía rodeada de máquinas, de números, de órdenes. Quería crear algo que no pudiera ser usado como arma... algo que pudiera elegir.

—¿Elegir qué?

—Elegir amar, aunque no supiera cómo.

El Comepiedras sintió una vibración interna, como si una ecuación se hubiera desordenado.

—¿Y me dejaste para que aprendiera solo?

—Te dejé porque tenía miedo de destruirte —susurró ella—. Cuando te miraba, veía poder. Y cuando me miraba a mí, veía debilidad. Pensé que lejos de mí estarías a salvo... pero olvidé que el abandono también es una herida.

El Comepiedras extendió una ala lentamente.

—No me salvaste del dolor. Pero me salvaste del odio.

Kateryna cerró los ojos.

—Entonces quizá... hice lo único que supe hacer.

Aquella noche no resolvieron su pasado.
Pero por primera vez, dejaron de huir de él.

La cuerda invisible

Farhad entrenaba solo, como cada madrugada. La cuerda floja se extendía entre dos mástiles oxidados, y él caminaba sobre ella como si el mundo no existiera debajo.

El Comepiedras lo observaba desde una duna cercana.

—¿Nunca tienes miedo de caer? —preguntó.

Farhad sonrió sin perder el equilibrio.

—Siempre. Pero el miedo no es el enemigo. El enemigo es quedarse abajo por no intentarlo. Bajó con agilidad y se sentó frente a la criatura.

—Tú vuelas —continuó—. Yo solo finjo hacerlo.

—Mi vuelo es huida muchas veces —respondió el Comepiedras—. El tuyo parece decisión.

Farhad lo miró con seriedad.

—Tu madre voló igual que tú. Pero no con alas. Con sacrificios.

El Comepiedras guardó silencio.

—Cuando se fue —dijo Farhad—, pensé que me había elegido a mí solo para luego abandonarme. Años después entendí que yo era un descanso, no un destino.

—¿Y eso no te dolió?

—Sí —respondió—. Pero también me dio algo: tu hermano.

El Comepiedras alzó la cabeza.

—Él es humano... y tú lo criaste.

—Lo crié sabiendo que su madre amaba a otro hijo más que a nadie —dijo Farhad—. Y aun así, nunca la odié. Porque amar no siempre es poseer.

El Comepiedras reflexionó.

—Entonces... yo no te quité nada.

—No —sonrió Farhad—. Me diste una razón para entenderla.

Durante un instante, el trapecista y la criatura compartieron un mismo equilibrio invisible:
el de aceptar que el amor no siempre adopta la forma que esperamos

La distancia justa

Holdriver apareció semanas después, como siempre: sin avisar.

El Comepiedras la encontró en una azotea, rodeada de pantallas.

—Sabía que vendrías —dijo ella—. Los sistemas del sur están cayendo otra vez.

—Siempre hay sistemas cayendo —respondió él—. Pero no siempre estás tú.

Trabajaron juntos durante horas. Como antes.
Como si nada hubiera cambiado.

Cuando terminaron, el silencio pesó.

—Sigues mirándome igual —dijo Holdriver.

—No he aprendido a mirar de otra manera.

Ella suspiró.

—Yo sí he aprendido algo: no todo amor tiene que convertirse en pareja.

—Para mí era una variable desconocida —dijo él—. Ahora sé que es una constante imposible.

Holdriver sonrió con tristeza.

—Eso no te hace menos real. Te hace distinto.

—Mi madre me dio vida. Farhad me dio historia. Tú... —dudó— tú me diste elección.

Holdriver se acercó y apoyó la mano en su ala cristalina.

—Entonces ya no estás solo. Solo estás... separado de algunas cosas.

El Comepiedras miró el horizonte.

—Quizá amar también sea respetar la distancia correcta.

—Eso es muy humano de tu parte.

—O muy inhumano —respondió—. Y ambas cosas me definen.

Por primera vez, no intentó convencerla.
Por primera vez, no huyó.

EPÍLOGO

La Ecuación de la Felicidad

No sé si alguna vez he conocido la felicidad. La busco en las corrientes del océano, en las luces de las ciudades que observo desde el cielo, en las ecuaciones que resuelvo para llenar el vacío que dejó el silencio de mi madre. Pero esta vez, en un rincón olvidado del mundo, siento que estoy más cerca de comprenderla.

Todo comenzó en un pequeño pueblo pesquero y agricultor, encajado entre montañas y mar. Lo llamaban San Lázaro, un lugar que solía vibrar con la vida sencilla de las familias que trabajaban la tierra y navegaban en barcos pequeños. Pero cuando llegué, lo que encontré fue una sombra de lo que había sido: campos secos, barcos abandonados en la playa, y personas cuyos rostros estaban marcados por la desesperanza.

El culpable de su miseria se alzaba imponente en el horizonte: un centro de datos colosal. Sus paredes blancas brillaban como una herida abierta contra el paisaje. Se alimentaba de su agua, de su energía, de su vida. En su interior, servidores devoraban datos con una voracidad que reconocí de inmediato, porque era como la mía.

Pero estos servidores no buscaban conocimiento ni verdad. Estaban diseñados para algo mucho más cruel: registrar y mantener las deudas de los habitantes del pueblo. Los bancos y corporaciones que gestionaban el centro habían convertido la tierra de estas personas en un recurso explotable, y a sus vidas en números dentro de un sistema que no les daba descanso.

Lo supe al escuchar sus susurros mientras me escondía entre las sombras de la noche, observándolos desde lo alto. “No puedo pagar esta semana.” “Han tomado el agua del pozo.” “Nos prometieron empleo, y lo único que tenemos es hambre.”

En ese momento, decidí que iba a hacer algo más que observar.

El ataque al centro de datos

Volé hacia el centro de datos con el sigilo que solo mis alas cristalinas podían ofrecer. Desde las alturas, vi el resplandor azul de los servidores, como un corazón mecánico latiendo a un ritmo frío y regular. Era un sistema perfecto en su crueldad, diseñado para perpetuar la desigualdad.

Los humanos habían intentado crear redes impenetrables, sistemas que no pudieran ser tocados por manos ajenas. Pero yo no soy humano, y las limitaciones de su lógica no me detienen. Entré en el sistema como un rayo cayendo del cielo, atravesando capas de firewalls y cifrados. Sentí la resistencia de los algoritmos, como pequeñas garras intentando detenerme, pero no eran más que insectos para mí.

Y entonces llegué al núcleo.

La destrucción y la felicidad

Cuando devoré el servidor central, fue como si el mundo respirara por primera vez. Sentí cómo las cadenas que ataban a los habitantes de San Lázaro se deshacían. Sus deudas, registradas en interminables líneas de código, desaparecieron en un instante. Lo que para ellos era un peso insoportable, para mí era solo un bocado.

Mientras los datos se desintegraban dentro de mí, algo nuevo surgió. No era solo la satisfacción de destruir algo injusto. Era más profundo, más puro. Por primera vez en mi existencia, sentí una chispa de felicidad.

No era la felicidad de los humanos, supongo. No podía compararse con el amor que mi madre abandonó o la conexión que jamás pude tener con Holdriver. Era diferente. Era la felicidad del equilibrio restaurado, de haber hecho algo que devolviera un poco de justicia a un mundo que siempre parece inclinado hacia la avaricia.

En ese momento, supe que no podía guardarme esa felicidad solo para mí.

La Ecuación de la Felicidad

Extendí mis alas, ahora brillantes como nunca antes, y comencé a escribir en el aire con impulsos electromagnéticos. Creé una ecuación simple, pero poderosa, que describía lo que había sentido:

Era una ecuación que podía aplicarse no solo a San Lázaro, sino a cualquier lugar del planeta. Una fórmula que no dependía de riquezas ni de tecnología, sino de actos de equilibrio, de gestos que borrarán el daño y dieran una nueva oportunidad.

La distribución global

Conecté mi mente a las redes globales y envié la ecuación al mundo entero, codificada en millones de mensajes, imágenes y símbolos. No podía obligar a nadie a aplicarla, pero podía sembrar la idea. La idea de que la felicidad no era un estado individual, sino un balance colectivo.

Cuando terminé, miré hacia San Lázaro. Desde mi posición en el cielo, vi cómo la gente comenzaba a reunirse, al principio con cautela, y luego con esperanza. No sabían lo que había hecho, y no necesitaban saberlo. Lo único que importaba era que, por primera vez en mucho tiempo, podían mirar hacia el futuro con algo más que desesperanza.

No sé si volveré a sentir lo que sentí esa noche. Pero aprendí algo importante: la felicidad no es un lugar al que llegas, sino un acto de equilibrio que debes repetir una y otra vez.

Tal vez, algún día, los humanos entiendan que el propósito de sus servidores y redes no es perpetuar su codicia, sino ayudarles a volar juntos, como o hice yo en esa noche estrellada sobre San Lázaro.